

LA FILOSOFIA LATINOAMERICANA COMO AUTOCONCIENCIA DE SU HISTORIA

Arnoldo Mora Rodríguez

Es conocida la expresión de Spinoza en su *Ética* según la cual la reflexión del filósofo no versa sobre la muerte, sino sobre la vida. Sin embargo, la dialéctica desde Heráclito nos enseña que la vida implica la muerte, de modo que sólo asumiendo creativamente la muerte la vida puede perpetuarse. De ahí que la muerte nos aparezca, concluye Hegel, como la condición de la vida en lo que ésta tiene de mejor, es decir, en su capacidad de renovarse incesantemente. Tal es el secreto de la vida: el viviente se refocila en ella porque la sabe arrancada a la muerte y portando en sus entrañas el germen mismo de ésta; frágil y fugaz, la vida sólo puede alcanzar su máxima calidad —esa “autenticidad” tan cara a los pensadores existencialistas— asumiéndose en su finitud que, lejos de ser su destino ciego, deviene así la raíz ontológica de la libertad como apertura al futuro.

Expresión de la vida en todas sus polifacéticas manifestaciones, la historia es el espacio donde se expresa u objetiva, al decir de Hegel, la esencia del hombre concebida como libertad. Esta libertad, sin embargo, que tiene su origen en la acción, sólo puede ser entendida como proceso, es decir, como dialéctica oposición, según lo entendiera Fichte, a los obstáculos de esa misma libertad. Por eso, la historia antes de ser cultura, es decir, creatividad, es “lucha de clases”, es decir, trabajo, praxis, violenta transformación de la naturaleza y de las estructuras de la historia: El reino de la libertad no es más que un iceberg, cuya base se oculta, a manera de estrategia de supervivencia, en el oscuro océano del reino de la necesidad.

Hablar de desarrollo, como se pretende en este Congreso, es hablar del proceso vital de nuestros pueblos latinoamericanos, en el despliegue de su temporalidad histórica. Conciencia lúcida de la vida, la filosofía es por ello mismo logos de la historia, en cuyo proceso estamos necesariamente incertos, no sólo como amanuenses sino también como protagonistas y corresponsables. El pensamiento también es acción y, por ende, compromiso, ya que sólo se puede pensar auténticamente asumiendo concretamente la circunstancia vital de la que formamos parte. Esa circunstancia no es otra que la historia del pueblo, en cuyas ancestrales raíces extrae el pensamiento su contenido y su eficacia. La filosofía, para que sea verdadera, exige una honda calidad ética en el filósofo mismo, según opinión acertada de Max Scheler. La eticidad de un filósofo se mide por la fidelidad a su pueblo, cuyo espíritu debe expresar y un eco de cuyas luchas por la justicia debe resonar en su palabra... El fin de la filosofía es la vida; pero el fin de la vida es ella misma. Por eso, sólo se puede ser fiel a la filosofía cuando se es fiel al pueblo que la engendra.

Despliegue de su potencial creador, la historia de los pueblos latinoamericanos es también la expresión de su propio destino. De ahí que comprenderla en sus grandes trazos equivale a buscar una orientación que encauce nuestra acción en vistas a la realización de su esencia como destino, es decir, como compromiso presente que se afina en el pasado,

para forjar su porvenir. Dentro de este marco conceptual, he dividido la historia de los pueblos latinoamericanos en tres grandes etapas: la indígena, la colonial y la independentista.

1) La Etapa Indígena:

Nuevo desde muchos puntos de vista, nuestro continente lo es también en cuanto a su poblamiento. De origen mayoritariamente mongólico, nuestros aborígenes debieron hacer frente a una naturaleza de dimensiones y fuerzas descomunales. Su utillaje no sobrepasaba el paleolítico, pues desconocieron la forja del Hierro y el uso del caballo, expresiones, como señala Hegel en su *Filosofía de la Historia*, de la fuerza. Frente al reto de la naturaleza, su opción estratégica fue más estética que técnica, prefiriendo adaptarse más a ella y, con frecuencia, ser absorbidos por ella, que adaptarla a su propio beneficio, a diferencia de la cultura occidental greco-cristiana. La fascinación de su belleza, la lujuriosa fertilidad de su flora, la inmensidad de su geografía, las delicias de su clima, le hicieron creer espontáneamente en la bondad natural. Su cultura nos aparece así como el orgiástico incesto con una madre afectuosa y dominante. Sensuales y religiosos, nuestros indígenas creyeron más en el poder de la Naturaleza que en el del hombre... Y esta fue su perdición frente al blanco invasor. Para ellos la violencia, partera de la historia, fue más el fruto de la pasión vital que el resultado de una razón calculadora y una voluntad agónica. Nunca supieron comprender al blanco como albedrío y responsabilidad. Por eso lo naturalizaron, asumiendo frente a él la misma actitud que frente a la naturaleza: su protesta frente a la agresividad blanca fue, o la espontaneidad salvaje de la fuerza vital, o el silencio de la resignación y el rechazo. Frente al sadismo de la destrucción, optaron por el masoquismo de la pasividad, que muchas veces franqueó el límite del lento aniquilamiento. Su genio creador sólo podrá despertar hasta que el blanco, amenazado a su vez de destrucción, aprenda a sustituir la compulsividad de su activismo por la relación poética con la naturaleza, redescubriendo de este modo los valores del pensamiento mágico sacrificado en aras de la logicidad parmenídea y de la cientificidad nórdica.

2) La etapa colonial:

Vista desde Europa, América se sitúa geográficamente como su horizonte occidental. Es allí adonde se han dirigido siempre sus miradas que escrutan un porvenir y sueñan con una utopía.

Por eso Platón en su *Crítias* sitúa el país de su República perfecta, en una región "más allá de las columnas de Hércules". Los españoles, por su parte, vieron en ella el paraíso perdido y los colonos anglosajones la tierra prometida, los primeros buscando en ella las delicias de su placer y los segundos la cristalización de sus ansias de libertad, obedeciendo unos y otros al dinamismo de una Europa que se expandía más allá de los límites humanos (imperio musulmán) y naturales (el océano atlántico) que durante los siglos del Medioevo la habían estrangulado. Descubierta por casualidad, pues Colón no pretendía descubrir un nuevo continente, sino llegar a la India por una vía no controlada por los otomanos, América se vio incerta en el carro de la historia sin quererlo. Su despertar fue violento, pasando de golpe de la ensoñación de los mitos a la vigilia de los esclavos, para volver luego a la esterilidad a la que la sometía una España decadente. Pasaba así, en lo que Hegel llama en la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas; el Espíritu Absoluto*, del momento estético al momento religioso. La conciencia religiosa, al decir de Hegel, se caracteriza por establecer una relación dualista entre sujeto y objeto, dándose una dependencia o "alienación" del sujeto respecto del objeto. Vencida así la identificación por absorción en el objeto, característica peculiar de la etapa estética, la angustia de la conciencia desdichada de la etapa religiosa habría de externar sus estertores bien entrado el siglo XVIII, hasta dar sus resultados en las luchas independentistas de la primera mitad del XIX. Los siglos de dominación española le habrían de dejar, sin

embargo, un legado precioso: la conciencia de su unidad expresada en vínculos de idioma y de tradición político-religiosa. El fatalismo de los mitos cósmicos devenía destino histórico; la conciencia de extrañamiento en su propia tierra fundaba las bases de su futura identidad plena, que en los albores de la independencia oteó el más genial de sus estadistas del Siglo XIX, Simón Bolívar. América había despertado, finalmente, a la historia.

3) **Etapa independentista:**

Espuma que adornaba la cresta de la ola expansionista suscitada por la burguesía europea a raíz de la Revolución Francesa y de las guerras napoleónicas, nuestra independencia sería muy pronto mediatizada por el pujante capitalismo inglés, único vencedor en Waterloo. Mezclando en una especie de tragi-comedia el caudillismo militar criollo con el parlamentarismo anglosajón, nuestros pueblos sucumbirían a la fragmentación de un nacionalismo recién descubierto y hábilmente fomentado por el expansionismo neocolonial del capitalismo mercantil anglosajón, que veía en nuestras tierras la nueva tierra prometida de unas materias primas consideradas inagotables. No todo fue ruina, sin embargo, en nuestro siglo XIX, pues sus sangrientas refriegas hicieron agudamente sentir la necesidad de fundar un Estado que diera expresión a nuestra nacionalidad, con la consiguiente experiencia del poder y su seriedad.

El estrepitoso fracaso del estado nacionalista, que llevó a la hecatombe de la Ira. Guerra Mundial, dejaría un vacío político mundial, que vendría a ser llenado por potencias fundadas geográficamente en verdaderos subcontinentes. Usando de los recién inventados medios de comunicación de masas, la agresiva burguesía norteamericana, convertida ahora en amo del mundo, dará al capitalismo una nueva forma: la sociedad de consumo. En un mundo unificado por transportes de gran rapidez e informado por los medios de comunicación que alcanzan todos los rincones de la tierra, nuestra América Latina se convertía en la provincia natural del último gran imperio occidental, tanto más agresivo cuanto más vecino.

La profunda descomposición de la civilización occidental, manifestada en la barbarie ideológica y militar del facismo y de la IIa. Guerra Mundial, llevaría a una nueva sacudida independentista de los países colonizados, llamados a partir de la década de los sesenta, países del "Tercer Mundo". Al calor de los triunfos de la Revolución China, Argelina y Cubana, Asia, Africa y América Latina inician el sendero de su plena liberación y autonomía que, paradójicamente, sólo se verá colmada cuando la humanidad alcance un grado tal de interdependencia e integración, que llegue a superar la estructura política de potencias y se unifique en una especie de Estado de dimensiones planetarias, socializado en su infraestructura económica y democrático en su superestructura del poder. Tal es el único proyecto de futuro que se ofrece a nuestros pueblos llevados, por el inexorable devenir del tiempo, a los dinteles del S. XXI... ¿Será ésta una ilusión histórica más o, finalmente, la realización plena de todas las utopías de que ha sido objeto nuestra América?